

Aristóteles escribe. Los ojos se tienen sólo para leer. ¿Para qué nuevas leyes de la caída de los cuerpos si sólo lo que importa es la caída de rodillas? Compare esto con la inmensa alegría con que nuestra República recibe sus pensamientos, así sean los más atrevidos. ¡Aquí puede usted investigar! ¡Aquí puede usted trabajar! Nadie lo vigila, nadie lo persigue. Nuestros comerciantes, que bien saben lo que significan mejores lienzos en la competencia con los florentinos, aprecian muy bien su llamado por una "física mejor", y, por otro lado, ¡cuánto debe agradecer la física a la exigencia de mejores telares! Nuestros más distinguidos ciudadanos se interesan por sus investigaciones, lo visitan y se hacen mostrar sus descubrimientos, y es por cierto gente que no puede desperdiciar su propio tiempo. No desprecie al comercio, señor Galilei. Nadie permitiría que lo molestaran a usted en su trabajo o que algún entrometido le crease dificultades. Reconozca, señor Galilei, que aquí usted puede trabajar.

GALILEI (*desesperado*): Sí.

EL SECRETARIO: En lo que respecta a sus necesidades materiales, haga nuevamente algo bonito, como aquel famoso compás militar con el que (*va contando con los dedos*) sin ningún conocimiento de matemáticas es posible trazar líneas, calcular los intereses compuestos de un capital, reproducir croquis de terrenos en diversas escalas y estimar el peso de las balas de cañón.

GALILEI: Sandeces.

EL SECRETARIO: ¡Llama sandez a algo que encanta a las señorías más distinguidas y que ha sorprendido y producido dinero contante y sonante! Hasta he oído que el mismo General Stefano Gritti ha llegado a extraer raíces cuadradas con ese instrumento.

GALILEI: ¡Verdaderamente, una maravilla! ¿Sabe, Priuli, que me ha hecho pensar? Priuli, me parece que tengo algo de la categoría que a usted le agrada. (*Toma la hoja con el croquis.*)

EL SECRETARIO: ¿Sí? ¡Ah, pero eso sería la solución! (*Se levanta.*) Señor Galilei nosotros bien sabemos que usted es

un gran hombre. Un gran hombre, pero un hombre descontento, si usted me permite.

GALILEI: Sí, soy un descontento y eso es lo que tendrían que pagar si me comprendieran. Porque yo estoy descontento conmigo mismo. Pero en lugar de eso procuran que lo esté con ustedes. Reconozco que me gustaría dedicar toda mi persona a mis señores venecianos, con su famoso arsenal, sus astilleros y polvorines de artillería. Pero es que no me dejan tiempo libre para seguir con las especulaciones científicas que me asaltan. Amordazan justo al buey que trilla. Tengo cuarenta y seis años y no he hecho nada que me tranquilice.

EL SECRETARIO: Entonces, no quisiera seguir molestandolo.

GALILEI: Gracias. (*Se va el Secretario. Galilei queda solo algunos instantes y comienza a trabajar. Andrea entra corriendo mientras Galilei trabaja.*) ¿Por qué no comiste la manzana?

ANDREA: Porque le quiero demostrar a ella que se mueve.

GALILEI: Tengo que decirte algo, Andrea. No hables a otros de nuestras ideas.

ANDREA: ¿Por qué no?

GALILEI: La Superioridad lo ha prohibido.

ANDREA: ¡Pero si es la verdad!

GALILEI: Pero ella lo prohíbe. Además, debo decirte otra cosa. Tengo que hacerte una confesión: las teorías de Copérnico son nada más que hipótesis. Dame las lentes.

ANDREA: Tuve que dejar mi gorra como prenda.

GALILEI: ¿Y qué piensas hacer en el invierno sin gorra? (*Pausa. Galilei acomoda las lentes de acuerdo con el croquis.*)

ANDREA: ¿Qué es una hipótesis?

GALILEI: Es cuando se considera una cosa por cierta pero todavía no se ha demostrado como hecho real. Por ejemplo, la Felice, ahí abajo, delante de la tienda del cesterero, está dando el pecho a su niño. Si decimos que el niño recibe la leche de la Felice y no la Felice del niño, el hecho en sí será una hipótesis mientras no se vaya hasta allí, se vea el hecho y se lo demuestre. Frente a los astros somos como gusanos de ojos turbios que poco ven. Las viejas enseñanzas en las que se creyó durante mil años están en completa decadencia. Poca

madera queda a los parantes que sostienen esos gigantesco edificios. Son muchas leyes que poco aclaran, mientras que las nuevas hipótesis tienen pocas leyes que mucho aclaran.

ANDREA: Pero usted ya me demostró todo.

GALILEI: No, sólo te dije que podía ser así. ¿Entiendes? La hipótesis es muy bella y no hay nada que hable en su contra.

ANDREA: Yo también quisiera ser físico, señor Galilei.

GALILEI: Ya lo creo, teniendo en cuenta los innumerables problemas que existen en nuestra materia. (Ha ido hasta la ventana y ha mirado a través de las lentes. Moderadamente interesado:) Mira, mira por aquí, Andrea.

#### GALILEI ENTREGA UN NUEVO INVENTO A LA REPÚBLICA DE VENECIA.

*El gran Arsenal en el puerto de Venecia. Regidores presididos por el Dux. Hacia un costado se hallan Sagredo, amigo de Galilei, y Virginia Galilei, de quince años de edad, que lleva una almohadilla de terciopelo sobre la que descansa un anteojo de larga vista de más o menos sesenta centímetros de longitud, en estuche de cuero carmesí. Galilei, subido a un estrado. Detrás de él, el soporte para el anteojo, al cuidado del pulidor Federzoni.*

GALILEI: Excelencia, Señorías. Como maestro de matemáticas en la Universidad de Padua consideré siempre como un deber no sólo cumplir con mi más alto cargo en la enseñanza, sino también procurar beneficios especiales a la República de Venecia por medio de inventos útiles. Con profunda alegría y la debida humildad puedo presentarles y entregarles hoy un novísimo instrumento, mi anteojo larga vista o telescopio, originado en el mundialmente famoso gran Arsenal de Venecia, construido de acuerdo a los más altos principios científicos y cristianos, producto de diecisiete años del paciente trabajo de este devoto servidor. (Galilei baja del estrado y se coloca junto a Sagredo. Aplausos. Galilei hace una reverencia. Bajo, a Sagredo.) ¡Esto sí que es perder el tiempo!

SAGREDO (bajo): Pero podrás pagar al carnicero, viejo.

GALILEI: Sí, y a ellos les traerá dinero. (Nueva reverencia.)

EL SECRETARIO (sube al estrado): Excelencia, Señorías. Una vez más se escribe con letras venecianas una hoja de gloria en el Libro de las Artes. (Aplauso cortés.) Un sabio de fama mundial entrega hoy a ustedes y sólo a ustedes un valiosísimo

tubo para ser fabricado y vendido en la forma que mejor les plazca. *(Aplauso cerrado.)* ¿Han pensado ya que por medio de este instrumento podremos reconocer en la guerra el número y poderío de los buques enemigos dos horas antes de que ellos puedan observar los nuestros? De este modo podremos decidirnos antes a la persecución, a la lucha o a la fuga. *(Entusiasta salva de aplausos.)* Y ahora, Excelencia, Señorías, el señor Galilei les ruega recibir este producto de su intuición de manos de su encantadora hija. *(Música. Virginia se adelanta, hace una reverencia, entrega el anteojo al Secretario, que a su vez lo pasa a Federzoni. Éste lo coloca en el soporte y lo regula. El Dux y los regidores suben al estrado y miran por el anteojo.)*

GALILEI *(bajo)*: No creo que podré aguantar largo tiempo este carnaval. Éstos creen que reciben una baratija lucrativa, pero tiene otro valor. Ayer a la noche lo dirigí a la Luna.

SAGREDO: ¿Y qué viste?

GALILEI: El borde entre la hoz iluminada y la parte redonda oscura no es nítido sino completamente irregular, áspero y dentado. ¡Ni huellas de luz propia! ¿Entiendes lo que esto puede significar?

REGIDOR: Desde aquí puedo observar las fortificaciones de Santa Rita, señor Galilei. Allá, en ese velero, están almorzando. Pescado frito. Me ha despertado el apetito.

GALILEI: Si la Luna fuese una Tierra, y en verdad su apariencia es la de una Tierra... sí, por el instrumento puede verse claramente... entonces, me pregunto, ¿qué es la Tierra?

SAGREDO: Te están hablando.

REGIDOR: Se ve bien con el armatoste, me parece que tendré que decirles a las mujeres de casa que eso de bañarse en el techo ha concluido.

SAGREDO: ¿A qué atribuyes que el borde de la hoz no sea nítido ni liso?

GALILEI: La Luna tiene montañas.

REGIDOR: Por una cosa así se puede exigir diez escudos, señor Galilei. *(Galilei hace una reverencia.)*

VIRGINIA *(trae a Ludovico hasta su padre)*: Ludovico quiere felicitarte, padre.

LUDOVICO *(confundido)*: Lo felicito, señor.

GALILEI: Sí, mejoré el modelo.

LUDOVICO: Sí, sí, señor. Ya lo veo, usted le puso un estuche rojo. En Holanda era verde.

GALILEI *(a Sagredo)*: Y yo hasta me pregunto si con el aparato no se puede demostrar cierta teoría...

SAGREDO: Modérate, hombre.

EL SECRETARIO: Sus quinientos escudos están seguros, Galilei.

GALILEI *(sin atenderlo)*: Imagina: puntos luminosos en la parte oscura del disco y lugares oscuros en la hoz iluminada. Justo, es hasta demasiado justo. Claro está que siempre soy desconfiado con las deducciones apresuradas. *(El Dux, un modesto hombre obeso, se ha aproximado a Galilei y trata de dirigirse a él con torpe dignidad.)*

EL SECRETARIO: Señor Galilei, Su Excelencia, el Dux. *(El Dux estrecha la mano de Galilei.)*

GALILEI: ¡Es verdad, los quinientos! ¿Está usted contento, Excelencia?

EL DUX: Desgraciadamente necesitamos siempre un pretexto para nuestros concejales si queremos hacerles llegar algo a nuestros sabios.

EL SECRETARIO: Por otro lado, ¿dónde quedaría el estímulo entonces?

EL DUX *(sonriendo)*: El pretexto es necesario. *(El Dux y el Secretario guían a Galilei hasta los regidores, que lo rodean. Virginia y Ludovico se retiran lentamente.)*

VIRGINIA: ¿Hice todo bien?

LUDOVICO: Creo que sí.

VIRGINIA: ¿Qué te pasa?

LUDOVICO: Nada, nada... Creo que un estuche verde hubiese sido lo mismo.

VIRGINIA: Me parece que están todos contentos con papá.

LUDOVICO: Y a mí me parece que ya empiezo a comprender ahora algo de lo que es la ciencia.

10 DE ENERO DE 1610: POR MEDIO DEL TELESCOPIO, GALILEI REALIZA DESCUBRIMIENTOS EN EL CIELO QUE DEMUESTRAN EL SISTEMA DE COPÉRNICO. PREVENIDO POR SU AMIGO DE LAS POSIBLES CONSECUENCIAS DE SUS INVESTIGACIONES, GALILEI MANIFIESTA SU FE EN LA RAZON HUMANA.

*Gabinete de trabajo de Galilei, en Padua. Galilei y Sagredo frente al telescopio.*

SAGREDO (*mirando por el telescopio, a media voz*): El borde de la hoz es áspero. En la mitad oscura, cerca del borde iluminado, hay puntos de luz. Van apareciendo uno detrás del otro. La luz sale de ellos y se desparrama sobre superficies cada vez mayores para desembocar al fin en la parte iluminada.

GALILEI: ¿Qué explicación das a esos puntos?

SAGREDO: No, no es posible.

GALILEI: Sí, señor. Son montañas gigantescas.

SAGREDO: ¿En una estrella?

GALILEI: Montañas. El Sol dora las cimas mientras que en las pendientes reina la noche. Lo que tú ves es la luz que va bajando de las cimas hasta los valles.

SAGREDO: ¡Pero eso contradice la astronomía de dos siglos enteros!

GALILEI: Así es. Lo que tú ves aquí no lo ha visto ningún ser humano, salvo yo. Tú eres el segundo.

SAGREDO: Pero es que la Luna no puede ser una Tierra con montañas y valles del mismo modo como la Tierra no puede ser una estrella.

GALILEI: La Luna puede ser una Tierra con montañas y valles, y la Tierra puede ser una estrella, un astro común, uno entre

miles. Mira de nuevo: ¿ves, acaso, la parte oscura de la Luna totalmente oscura?

SAGREDO: No. Ahora que miro con atención, veo todo cubierto por una luz tenue, una luz de color ceniza.

GALILEI: ¿Y qué clase de luz puede ser?

SAGREDO: ¿...?

GALILEI: Es la luz de la Tierra.

SAGREDO: ¡Qué disparate! ¡Cómo va a brillar la Tierra! Con sus cordilleras y bosques y ríos. Un cuerpo frío.

GALILEI: Del mismo modo que brilla la Luna. Porque los dos astros están iluminados por el Sol, por eso brillan. Lo que es la Luna para nosotros somos nosotros para la Luna. Y ella se nos aparece una vez como hoz, otra vez como semicírculo, una vez llena y otra vez, nada.

SAGREDO: ¿Entonces quiere decir que no hay diferencia entre Luna y Tierra?

GALILEI: Al parecer, no.

SAGREDO: No hace todavía diez años un hombre fue quemado en Roma. Se llamó Giordano Bruno y sostenía lo mismo.

GALILEI: Efectivamente. Y nosotros lo estamos viendo. Acerca tu ojo al telescopio, Sagredo. Lo que tú ves es que no hay diferencia entre el cielo y la tierra. Estamos a diez de enero de mil seiscientos diez. La humanidad asienta en su diario: hoy ha sido abolido el cielo.

SAGREDO: ¿Qué cosa maravillosa es este aparato! (*Golpea a la puerta.*)

GALILEI: Espera, además he descubierto otra cosa. Y, tal vez, sea todavía más asombrosa. (*Golpea de nuevo. Aparece el Secretario de la Universidad.*)

EL SECRETARIO: Disculpe usted que lo moleste a estas horas. Quisiera hablarle a solas.

GALILEI: El señor Sagredo puede oír todo lo que a mí se refiera, señor Priuli.

EL SECRETARIO: Es que, tal vez, no le resultará agradable a usted que el señor oiga lo que ha ocurrido. Es algo totalmente increíble.

GALILEI: El señor Sagredo ya está acostumbrado a que en mi presencia ocurran cosas increíbles, señor Priuli.

EL SECRETARIO: Mucho me temo que... (*Mostrando el telescopio.*) ¡Ahí está el famoso invento! Puede usted tirarlo, es un fracaso, sí, ¡un fracaso!

SAGREDO (*que ha estado paseándose nervioso*): ¿Por qué?

EL SECRETARIO: ¿No sabe usted, acaso, que ese invento que ha sido designado como el fruto de diecisiete años de trabajo se puede comprar en cada esquina de Italia por un par de escudos? ¡Y nada menos que fabricado en Holanda! En este momento un carguero holandés está descargando en el puerto quinientos de esos anteojos.

GALILEI: ¿Es cierto?

EL SECRETARIO: No comprendo su tranquilidad, señor.

SAGREDO: Pero, ¿por qué se aflige tanto? Deje que el señor Galilei le cuente los descubrimientos revolucionarios que, gracias a este aparato, ha podido realizar en la bóveda celeste.

GALILEI (*riendo*): Usted mismo puede verlos, Priuli.

EL SECRETARIO (*a Sagredo*): Es mejor que usted vaya sabiendo que me basta mi descubrimiento de ser el hombre que logró duplicarle el sueldo al señor Galilei por este vulgar trasto. ¡Por pura casualidad los señores de la Alta Signoria no se han encontrado en la primer bocacalle, ampliado siete veces en su tamaño, con algún vendedor ambulante que ofrece este tubo por una bicoca! ¡Y ellos están en la creencia de haber asegurado a la República con este instrumento algo que sólo aquí puede ser fabricado! (*Galilei ríe a carcajadas.*)

SAGREDO: Mi estimado señor Priuli, tal vez yo no sea capaz de calcular el valor comercial de un instrumento semejante, pero su valor para la filosofía es verdaderamente incalculable.

EL SECRETARIO: ¡Para la filosofía! ¿Qué tiene que hacer el señor Galilei, todo un matemático, con la filosofía? Señor Galilei, una vez usted entregó a la ciudad una excelente bomba de agua y su sistema de irrigación funciona todavía normalmente. Hasta los fabricantes de paños alabaron su máquina. ¿Cómo podía esperar ahora esto de usted?

GALILEI: No tanta prisa, Priuli. Las rutas marítimas son siempre largas, inseguras y caras. Nos hace falta una especie de reloj exacto en el cielo. Ahora tengo la certeza de que podré seguir con el antejo el paso de ciertos astros que realizan movimientos muy regulares. Esto traería como consecuencia el ahorro de millones de escudos para la marina, Priuli.

EL SECRETARIO: Déjeme de esas cosas. Ya lo he estado escuchando bastante. Como pago de mi cortesía me ha convertido en el hazmerreír de la ciudad. Siempre seré en el recuerdo de todos aquel secretario que se dejó embaucar con un antejo sin valor alguno. Ríase, tiene toda la razón en reírse. Usted ya tiene asegurados sus quinientos escudos de oro. Ah, pero yo le aseguro —y es un hombre honorable quien se lo dice—: este mundo me asquea, ¡me da asco! (*Se va, cerrando la puerta con violencia.*)

GALILEI: Cuando está colérico se vuelve simpático. ¿Has oído? Le asquea un mundo en el que no se pueden hacer negocios.

SAGREDO: ¿Sabías algo ya de esos instrumentos holandeses?

GALILEI: Naturalmente. Oí hablar de ellos. Pero yo les construí uno mucho mejor a esos tacaños. ¿Cómo podría trabajar de otra forma? ¿Con el alguacil en el cuarto? Virginia necesita pronto un ajuar, ella no es inteligente. Además me gusta mucho comprar libros, no sólo sobre física, y me place también comer decentemente. Mis mejores ideas me asaltan justamente cuando saboreo un buen plato. ¡Ah, esta corrompida época! ¡Ésos no me han pagado tanto como al cochero que les transporta los toneles de vino! ¡Cuatro brazas de leña por dos lecciones de matemáticas! Sí, he podido arrancarles quinientos escudos, pero tengo todavía deudas, algunas de las cuales tienen ya veinte años. ¡Cinco años de tiempo libre para mis investigaciones y ya habría demostrado todo! Ven, te mostraré algo más.

SAGREDO (*duda de aproximarse al antejo*): Siento algo así como un temor, Galilei.

GALILEI: Ahora te mostraré una de las nebulosas de la Vía Láctea, brillante, blanca como la leche. ¿Sabes tú en qué consiste?

SAGREDO: Son estrellas. Incontables.

GALILEI: Sólo en la constelación de Orión hay quinientas estrellas fijas. Ésos son otros mundos inconmensurables, los más lejanos astros de los que habló aquel que mandaron a la hoguera. No los vio, pero los esperaba.

SAGREDO: Aun en el caso de que esta Tierra fuese una estrella, no queda comprobado por eso que se mueva alrededor del Sol, como sostiene Copérnico. No existe ningún astro en el cielo que se mueva alrededor de otro. Pero, en cambio, alrededor de la Tierra se mueve siempre la Luna.

GALILEI: Yo me pregunto... Desde anteayer me pregunto... ¿Dónde está Júpiter? (*Lo enfoca.*) Cerca de él hay cuatro estrellas que se captan con el anteojo. Las vi el lunes pero no les dediqué mayor atención. Ayer miré de nuevo y hubiera jurado que habían cambiado de posición... ¿Y ahora, qué es esto? Se han movido de nuevo. (*Dejand el sitio.*) Mira, mira tú.

SAGREDO: Sólo veo tres.

GALILEI: Y la cuarta, ¿dónde está? Aquí tengo las tablas. Tenemos que calcular los movimientos que pueden haber realizado. (*Excitados comienzan a trabajar. El escenario se vuelve oscuro pero siempre se ven en el horizonte Júpiter y sus satélites. Cuando comienza a aclarar, se hallan todavía sentados, cubiertos con abrigos de invierno.*) Está demostrado. La cuarta sólo pudo haberse ido detrás de Júpiter, donde no se la puede ver. Ahí tienes un sol en torno al cual giran las estrellas pequeñas.

SAGREDO: Pero ¿y la esfera de cristal a la que está fijado Júpiter?

GALILEI: Sí, ¿dónde está ahora? ¿Cómo puede Júpiter estar sujeto si hay otras estrellas que dan vueltas en torno a él? Ahí no hay ningún parante, en el universo no hay ningún apoyo. ¡No es nada menos que otro sol!

SAGREDO: Tranquilízate. Piensas con demasiada prisa.

GALILEI: ¿Qué? ¿Prisa? ¡Hombre, no te quedes así! Lo que tú estás viendo no lo ha visto nadie hasta ahora. ¡Tenían razón!

SAGREDO: ¿Quién, los discípulos de Copérnico?

GALILEI: Y el otro. ¡El mundo entero estaba contra ellos y ellos tenían razón! ¡Esto sí que es algo para Andrea! (*Corre hasta la puerta y llama.*) ¡Señora Sarti! ¡Señora Sarti!

SAGREDO: ¡Galilei, tranquilízate!

GALILEI: ¡Sagredo, muévete!

SAGREDO (*desmonta el anteojo*): ¿Quieres terminar de una vez de gritar como un loco?

GALILEI: ¡Quieres terminar de estar ahí como un bacalao seco en la hora del descubrimiento de la verdad!

SAGREDO: No me quedo como un bacalao seco... Tiemblo de pensar que podría ser la verdad.

GALILEI: ¿Qué?

SAGREDO: ¿Has perdido el juicio? ¿Sabes acaso realmente en lo que te metes si eso que tú ves es la verdad? ¿Y más si lo gritas en todos los mercados? ¿Que existe un nuevo sol y nuevas tierras que giran alrededor de él!

GALILEI: Sí, sí. ¡Y no que todo el gigantesco universo con todos los astros es el que da vueltas en torno a nuestra pequeñísima Tierra, como todos piensan!

SAGREDO: Entonces sólo hay astros. ¿Y dónde está Dios?

GALILEI: ¿Qué quieres decir?

SAGREDO: ¡Dios! ¡Dónde está Dios!

GALILEI (*colérico*): ¡Allí no! De la misma manera como no lo encontrarán si lo buscan los de allá, si es que allá hay seres vivientes.

SAGREDO: ¿Y entonces dónde está Dios?

GALILEI: No soy teólogo. Soy matemático.

SAGREDO: Ante todo eres un hombre y yo te pregunto: ¿dónde está Dios en tu sistema universal?

GALILEI: ¡En nosotros mismos o en ningún lado!

SAGREDO (*gritando*): ¿Como lo dijo el condenado a la hoguera?

GALILEI: Sí, como lo dijo el condenado a la hoguera.

SAGREDO: Por eso lo quemaron hace menos de diez años.

GALILEI: ¡Porque no pudo demostrar nada! ¡Porque sólo pudo afirmarlo!

SAGREDO: Galilei, siempre te he conocido como un hombre

astuto. Durante diecisiete años en Padua y tres años en Pisa enseñaste pacientemente el sistema de Ptolomeo a cientos de alumnos. Ese sistema que la Iglesia predica y que las Sagradas Escrituras comprueban. ¡El fundamento de la Iglesia! Tú lo tenías por falso a causa de Copérnico, pero igualmente lo enseñabas.

GALILEI: Porque no podía demostrar nada.

SAGREDO (*incrédulo*): ¿Y tú crees que todo eso ahora lo cambia?

GALILEI: ¡Un cambio total! Óyeme, Sagredo. Creo en los hombres, es decir, en su razón. Sin esa fe no tendría las fuerzas necesarias para levantarme cada mañana de mi cama.

SAGREDO: Quiero decirte algo: yo no creo en esa razón. Cuarenta años de vida entre los hombres me han enseñado constantemente que no son accesibles a ella. Muéstrales la cola roja de un cometa, infúndeles miedo y verás cómo salen corriendo de sus casas y se rompen las piernas. Pero díles algo racional y demuéstreselo con siete razones y se burlarán de ti.

GALILEI: Eso es totalmente falso, es una calumnia. No comprendo cómo puedes tener amor por la ciencia creyendo en esas cosas. Sólo los cadáveres permanecen inmutables a las razones.

SAGREDO: ¿Cómo puedes confundir tú a la razón con esa lamentable astucia que poseen?

GALILEI: No hablo de su astucia. Ya sé, al asno lo llaman caballo cuando lo venden y al caballo asno cuando lo quieren comprar. Ésa es su astucia. La vieja, que en la noche antes del viaje le da con ruda mano un manojo más de heno a su mula; el navegante, que al comprar las provisiones tiene en cuenta la tormenta y la calma chicha; el niño, que se encasqueta la gorra cuando se le demuestra la posibilidad de una lluvia, todos éstos son mi esperanza; todos hacen valer razones. Sí, yo creo en la apacible impetuosidad de la razón sobre los hombres. No podrán resistirse a ella durante mucho tiempo. Ningún hombre puede contemplar indefinidamente cómo dejo caer una piedra (*deja caer una piedra de la mano*) y digo: la piedra no cae. Ningún hombre es capaz de eso. La seducción que ejerce una prueba es demasiado grande. Aquí se rin-

den los más y, a la larga, todos. El pensar es uno de los más grandes placeres de la raza humana.

SRA. SARTI (*entra en camisa de dormir*): ¿Necesita usted algo, señor Galilei?

GALILEI (*que de nuevo está mirando por el antejo y hace anotaciones, muy cortés*): Sí, necesito que venga Andrea.

SRA. SARTI: ¿Andrea? Está acostado y duerme.

GALILEI: ¿No puede despertarlo?

SRA. SARTI: ¿Para qué lo necesita?

GALILEI: Quiero mostrarle algo que lo pondrá contento. Tiene que venir a ver una cosa que pocos hombres han visto hasta ahora desde que la Tierra existe.

SRA. SARTI: ¿Es algo por su tubo?

GALILEI: Sí, algo por mi tubo, señora Sarti.

SRA. SARTI: ¿Y por eso tengo que despertarlo en medio de su sueño? ¿Está usted en sus cabales? Él necesita dormir de noche. ¡Ni pienso despertarlo!

GALILEI: ¿Seguro que no?

SRA. SARTI: Seguro que no.

GALILEI: Entonces tal vez usted misma pueda ayudarme. Mire, tenemos un problema acerca del cual no podemos ponernos de acuerdo, quizá porque hemos leído demasiado. Es una pregunta sobre el cielo, una pregunta que se refiere a los astros, y es la siguiente: ¿es admisible que lo grande gire en torno a lo pequeño o que lo pequeño gire en torno a lo grande?

SRA. SARTI (*con desconfianza*): Con usted uno no se orienta en seguida, señor Galilei. ¿Es una pregunta seria o sólo quiere burlarse otra vez de mí?

GALILEI: Es una pregunta seria.

SRA. SARTI: Entonces puede tener en seguida la respuesta. Dígame, ¿usted me sirve la comida a mí o yo se la sirvo a usted?

GALILEI: Usted me la sirve a mí. Ayer estaba quemada.

SRA. SARTI: ¿Y por qué estaba quemada? Porque tuve que traerle los zapatos cuando estaba guisando. ¿No le traje acaso los zapatos?

GALILEI: Es muy probable.